

Exodo y trabajo doméstico en Bogotá

Félicie Drouilleau

► **To cite this version:**

Félicie Drouilleau. Exodo y trabajo doméstico en Bogotá. Marie Estripeaut-Bourjac. Palabras de mujeres : proyecto de vida y memoria colectiva, Siglo del Hombre Editores, Centro de Competencia en Comunicacion para América Latina C3 de la Friedrich Ebert Stiftung, 2012, 978-958-665-218-6. halshs-02489112

HAL Id: halshs-02489112

<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-02489112>

Submitted on 1 Apr 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Traducción: Daniel Moreno Reina

Drouilleau F., "Éxodo y trabajo doméstico en Bogotá (Colombia)", in Marie Estripeaut-Bourjac (dir.), *Palabras de mujeres: proyectos de vida y memoria colectiva*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores y Centro de Competencia en Comunicación para América Latina C3 de la Friedrich Ebert Stiftung, 2012, pp. 169-186.

Éxodo y trabajo doméstico en Bogotá (Colombia)ⁱ

Félicie Drouilleau

El trabajo doméstico en Colombia reagrupa actualmente casi un millón de personas; cerca de 200.000 se localizan en la capital y representan el 15 % de las mujeres activas. En Bogotá, entre 1996 y 2004, el número de personas empleadas en este sector de actividad experimentó una fuerte alza (Cárdenas y Harker, 2006, 6). Este aumento contrasta con una clara disminución en los salarios de las empleadas *externas* (Cárdenas y Harker, 2006). Una de las hipótesis retomadas por algunos miembros del movimiento sindical indica que el desplazamiento forzado sería responsable de la degradación de las condiciones laborales en el servicio doméstico. En efecto, un número determinado de mujeres desplazadas tendría que recurrir a este tipo de empleo para satisfacer sus necesidades. Sin embargo, es difícil apreciar la magnitud del impacto del desplazamiento forzado sobre el trabajo doméstico en la capital colombiana. Los datos concretos son insuficientes y los pocos estudios realizados al respecto presentan sólo cifras parcialesⁱⁱ. Para comprender mejor el modo como se realiza el movimiento

migratorio y la inserción laboral en el servicio doméstico de las mujeres desplazadas, hemos decidido confrontar esta experiencia con aquella vivida por las jóvenes y niñas que emigraron y comenzaron a trabajar como empleadas domesticas en los años 1960-1970. Es interesante comparar las características de estos dos grandes movimientos migratorios hacia Bogotá: por un lado las mujeres que llegaron jóvenes, incluso durante su niñez, en éxodo rural entre los años 1960-1970; y por otro lado, aquellas que huyeron de la violenciaⁱⁱⁱ. ¿Cómo estas dos generaciones de empleadas domésticas fueron recibidas por las familias que ofrecían la posibilidad de este empleo? ¿En qué se diferencia la entrada en los hogares de las empleadas domesticas, primero en un país en paz, donde los problemas de inseguridad eran – temporalmente - marginales, y actualmente, en una Colombia desvanecida por el conflicto armado?

Empleo doméstico e inserción laboral de las niñas empleadas domésticas^{iv} (1960-1970)

A partir de los testimonios recogidos^v, podemos decir que el acceso de una empleada doméstica a una familia empleadora se organizaba esencialmente, entre los años 1960-1970, gracias a las relaciones familiares. Uno de los posibles casos era aquel en el que la joven era recibida en la casa de sus tíos debido a la muerte de uno de sus padres. Otro ejemplo era el de la joven o niña “enviada” a la ciudad donde vivían sus familiares para tener la posibilidad de continuar sus estudios. Generalmente, estas niñas se convertían en empleadas domésticas en intercambio por la asistencia educativa y de vivienda que estas familias les ofrecían. El trabajo doméstico que ellas realizaban era, entonces, un servicio gratuito. El ingreso al trabajo doméstico, que podía o no perdurar en el tiempo, se efectuaba dentro del marco estricto de las relaciones familiares. La confianza depositada en la empleada se debía naturalmente a su estatus como miembro de la familia. El servicio doméstico no representaba, en esas circunstancias, la entrada de una persona extranjera en el seno del hogar. Por el contrario, podía

consistir en un acto de solidaridad que tenía como objetivo permitir a uno de los miembros de la familia continuar su educación, aunque también podía ser, en otros casos, una forma de explotación.

Otro ejemplo de inserción laboral común durante los años 1960-1970 era aquel en el que las niñas eran llevadas a trabajar a pequeñas ciudades o a casas cercanas a su lugar de residencia. En este caso, las niñas eran conducidas por sus padres hacia los hogares de personas vecinas o allegadas, para realizar el servicio doméstico y cuidar a los niños. Este tipo de inserción laboral era entendido por estas niñas como una forma de explotación y no como una ayuda que permitiría su escolarización. Ellas recibían una remuneración económica, pero sus padres se la apropiaban inmediatamente. Las niñas comenzaban a trabajar como empleadas permanentes según un contrato tácito entre sus padres y los vecinos u otras personas cercanas que las empleaban. Las relaciones de proximidad o de cercanía reemplazaban, en este caso, los vínculos familiares necesarios para permitir el acceso a la casa familiar y establecer cierto nivel de confianza con la empleada.

En otros casos, las niñas lograban hacerse emplear en una casa familiar de manera independiente y autónoma. Huir del hogar era un fenómeno bastante corriente que explicaba la llegada de estas niñas y jóvenes a Bogotá. “*Me volé de la casa*” o “*Decidí irme*” son expresiones que escuchamos frecuentemente durante nuestras entrevistas. La “casa” se refiere al núcleo familiar o al hogar en el que la niña había sido ubicada por sus padres. El maltrato recibido por parte de los padres o de los patrones “educadores” era generalmente la causa de la huida. Los relatos narran cómo lograron obtener dinero, prestado o robado, para viajar hacia la capital, ciudad de todas las esperanzas. La figura de la recomendación por parte de una *señora* conocida en el vecindario o la comunidad, o aún en el mismo bus, se convertía en una puerta de entrada para obtener un trabajo como empleada doméstica *interna*. Sin embargo, la fuga no puede entenderse como una regla general. En todo caso, ella revela cierto deseo de independencia de las niñas en una época determinada en Colombia. El gran número de

hermanos en una familia, las familias recompuestas al igual que el problema de los niños ilegítimos son aspectos que pueden explicar en parte el deseo de dejar voluntariamente el hogar. Además de esto, es importante remarcar aquí la figura de la “recomendación”, pues es un elemento que encontraremos de manera constante en las conversaciones y observaciones de terreno que realizamos, y que conciernen la migración que podríamos calificar de “tradicional”, así como aquella que se caracteriza por el desplazamiento forzado.

Éxodo, desestructuración familiar y estrategias de supervivencia (años 2000)

El perfil y el contexto migratorio de las mujeres desplazadas por la violencia durante los años 2000, que lograrían insertarse en el servicio doméstico en Bogotá, es bien distinto a los casos que hemos estudiado hasta aquí. Muy diferente a la inserción familiar con objetivos económicos o educativos, o al abandono del hogar con la esperanza de encontrar una vida mejor, la migración forzada es sinónimo de la pérdida de familiares, desarraigo, duelo y traumatismos. En investigaciones realizadas en la ciudad de Cali, Michel Agier y Odile Hoffmann resaltan la fuerte desestructuración familiar de los hogares desplazados. Ésta debida por un lado a las razones del desplazamiento forzado (cuando el conyugue es asesinado, por ejemplo), y por otro, a las consecuencias de la llegada a una ciudad, que trae consigo conflictos, separaciones y dispersión de los hijos (1999, p. 125). Además, el gran número de mujeres jefe de familia es ahora bien conocido. Según el reporte de la ONG CODHES y de la Fundación de Atención al Migrante, la gran representación de mujeres líderes del hogar está ligada a “el incremento de las acciones en contra de la población civil por parte de los grupos armados irregulares, en las que las principales víctimas de retenciones, reclutamiento forzado o desapariciones son los hombres”. (2007, p. 67). Sin embargo, estas mujeres pueden haber asumido la responsabilidad del hogar después de una separación en el lugar del exilio, generada por las tensiones, el miedo o las

dificultades de la supervivencia cotidiana. Algunas veces, esa jefatura femenina tiene como marco una unión estable.

El deterioro del nivel de vida de las familias desplazadas después de la migración es evidente. Los jefes de familia tienen generalmente grandes dificultades para encontrar un trabajo, para introducirse en el contexto urbano y realizar los oficios que este ofrece. En este contexto, es necesario resaltar, como lo ha hecho Donny Meertens, que las mujeres muestran una tendencia a buscar más rápidamente que los hombres estrategias de supervivencia para poder satisfacer sus necesidades y poder alimentar a sus hijos. Ellas tendrán muchas más oportunidades de trabajar que sus conjugues debido a su saber-hacer doméstico, pues pueden adaptarse más fácilmente a la ciudad, particularmente a través de la prestación del servicio doméstico remunerado (2000, 385).

Así, las condiciones migratorias y las características biográficas de las mujeres desplazadas son muy diferentes de aquellas de las niñas y jóvenes descritas en la primera parte, cuyo éxodo se dio en los años 1960-1970. Ahora bien, la inserción de los desplazados como empleados domésticos en las familias empleadoras depende también a veces de dinámicas de proximidad^{vi}. Como lo muestra Donny Meertens (2000), las mujeres desplazadas poseen una habilidad para realizar contactos, por lo general con otras mujeres, con el fin de encontrar un empleo o algunos recursos (alimentos, vestidos, etc.). En este sentido ellas se desenvuelven más fácilmente que los hombres, pues están más habituadas que ellos a comunicarse por medio de los canales informales (2000, 383). Un encuentro furtivo con los vecinos, con miembros de asociaciones de desplazados o aún con sus paisanos (originarios de su misma región) les permitirá ser recomendadas para trabajar algunos días de la semana como empleadas de una casa. Es gracias a esta recomendación, y no tanto al estatus de miembro de la familia o de persona conocida, que las mujeres desplazadas podrán integrarse a las familias empleadoras.

La “recomendación” o cómo domesticar la llegada del extraño al hogar^{vii}

La “recomendación” (“*la señora que me recomendó*”, “*la niña que recomendé*”) puede presentarse de diversas formas, ya sea en las migraciones de 1960-1970 o en las ocasionadas por el desplazamiento forzado en los años 2000. En su sentido más corriente, se refiere al acto por el cual un empleador “recomienda” una de sus antiguas empleadas domésticas, a menudo de forma oral, a un amigo u otra persona conocida. En un sentido más amplio, la recomendación implica toda persona que se responsabiliza por el buen comportamiento de una empleada frente a otros empleadores potenciales.

Nuestra hipótesis consiste en que este fenómeno se inicia dentro del marco de las *relaciones familiares*: en principio, una persona recomienda a sus familiares cercanos - su hermana o su “prima” -, o algún otro miembro de la familia. Puede tratarse, como era corriente durante los años 1960-1970, de los tíos o las tías que buscaban a sus sobrinas porque una “*señora*” de la comunidad necesitaba una persona de confianza para trabajar en su casa. Una vez que la empleada doméstica se ha familiarizado con la ciudad, con su entorno y ha creado una pequeña red de personas conocidas, ella puede igualmente “recomendar” una hermana o una prima con sus antiguos empleadores. Este tipo de prácticas se sigue encontrando actualmente.

Nuestra investigación ha demostrado que las empleadas domésticas van a intentar infringir el esquema familiar de la recomendación. Ellas dirán a empleadores conocidos que cierta joven es su prima o su sobrina para permitirle el acceso a la casa más fácilmente. La recomendación familiar, real o fingida, cuestiona particularmente los mecanismos de acceso a una familia no conocida. Para controlar la presencia intrusa es necesario *recrear* los vínculos familiares. Asegurándose de que su empleada es la hermana, la prima o la ahijada de la persona conocida, en quien ellos confían, los empleadores extienden la familia más allá de los límites formales.

Respecto a los empleadores, el esquema familiar ha predominado de la misma manera hasta nuestros días; a ello se debe que, dentro del estricto marco familiar, sea posible “prestar” a los empleados domésticos. Una empleada podrá así trabajar simultáneamente donde los hermanos, o incluso donde los padres de su empleador. El privilegio de tener una empleada de confianza parece seguir el hilo de las relaciones familiares como si, una vez admitida en el hogar, la empleada hubiese pasado una prueba y pudiera desde entonces circular libremente dentro de los diferentes hogares que componen la red familiar.

La recomendación “familiar”, más corriente en los años 1960-1970, puede ser remplazada por una recomendación entre amigos, como en el caso de los desplazados. Aquellas personas que recomiendan pueden ser los empleadores actuales, los empleadores potenciales y las mismas empleadas domésticas. Una empleada de confianza será recomendada a otras amigas. En este caso, puede tratarse de personas que se conocen hace bastante tiempo, pero también de personas que se desea ayudar y que simplemente se conocieron repentinamente en la calle, en el transporte urbano o aún en el mismo edificio.

Cuando realizamos nuestro trabajo de campo en un conjunto residencial cerrado en el centro de Bogotá, vimos frecuentemente a Sofía crear lazos de amistad con las otras empleadas domésticas del inmueble. Jóvenes e inexperimentadas, ella les ayudaba a encontrar trabajo. Claudia llegó como desplazada a Bogotá hace diez años. Ella nos cuenta: *“Conseguí [trabajo] por recomendación. Mire hasta se sube en un bus y de pronto hay alguien agradable y allí se hace una amiguita, yo le doy el teléfono y así. En el edificio donde uno trabaja siempre hay otra empleada de servicio y de pronto se habla con ella, de pronto - no todas - pero hay una : “Ay te recomiendo. Cuando necesiten aquí me avisen.”*” Así, las empleadas domésticas juegan entre ellas con los protocolos de acceso y con las

condiciones exigidas por los patrones. Ellas harán hincapié en que su nueva amiga diga a sus futuros patrones que ellas se conocen hace bastante tiempo, aunque ese no sea el caso.

No obstante, esta impresión de rápida y fácil integración de las mujeres desplazadas en el mundo laboral, particularmente en el servicio doméstico, gracias a la recomendación, no debe encubrir la fuerte discriminación de la cual son víctimas los migrantes forzados. En efecto, la recomendación puede ser muy difícil de obtener si un migrante llega a la ciudad sin ningún contacto previo y es asimilado a la categoría de “desplazado”. En este contexto, las fronteras de la confianza y de la desconfianza se replantean, se hacen más exigentes y se convierten en fuentes de exclusión.

Confianza y desconfianza

Como lo precisa Flor Edilma Osorio Pérez en la conclusión de su tesis de doctorado, el desplazado representa “el extranjero” (2002, p.329), y esta categoría está sujeta a una gran cantidad de prejuicios (2002, p.308). La desconfianza de la sociedad nacional, en particular de la población urbana, hacia las personas desplazadas se manifiesta de diferentes maneras. Por un lado, puesto que existe la sospecha sobre la pertenencia de estas personas a un grupo armado, “no son personas de fiar” (Nubia Bello y Mosquera, 1999, p. 464). Las personas desplazadas pasan, de ser víctimas, a ser responsables del desplazamiento y de la tragedia vivida. Por otro lado, el fuerte empobrecimiento de esta población produce una estigmatización social de un orden particular: aquella del delincuente potencial. En fin, la desconfianza puede igualmente ser el resultado tanto de una concurrencia por los recursos públicos (como las ayudas sociales), como de la representación del desplazado como mendigo y, en ocasiones, como impostor (Osorio Pérez, 2002, p. 308)^{viii}.

En el marco del servicio doméstico, la desconfianza hacia la población desplazada puede afectar los mecanismos de la “recomendación” descritos precedentemente. También puede afectar la

aceptación o no del migrante forzado en el seno del hogar. La sensación de inseguridad, la voluntad de proteger su espacio íntimo y familiar, pueden constituirse en razones que impidan la contratación de una persona desplazada como empleada doméstica. La experiencia de Lucía muestra todos los obstáculos que estas mujeres deben enfrentar. Lucía tiene treinta años y escapó del departamento del Meta con sus dos hijos y su hija, después de que su esposo fuera asesinado por un grupo armado hace año y medio. Nosotros la conocimos en una asociación de ayuda a los desplazados mientras buscaba un empleo. Su situación de desamparo era aún mayor pues su antigua empleadora, con la que trabajaba tres veces por semana, se había mudado hacía poco a la ciudad de Medellín. Ella nos cuenta las dificultades que se le presentaron para encontrar empleo en una ciudad profundamente hostil. Para empezar, ella no conocía a nadie que pudiera recomendarla pues había partido de manera repentina, sin ningún contacto previo. Aparte de esto, tenía consigo a sus tres hijos de corta edad, lo que dificultaba su contratación como empleada *interna*^{ix}. Finalmente, Lucía no disponía de ninguna red de familiares o de amigos en una ciudad donde la desconfianza reina. En Bogotá, ella no tiene ninguna oportunidad: *“O sea nadie así de la noche a la mañana le da a uno la oportunidad de trabajar. Nadie le abre a uno la puerta a decir: Venga! Venga y le damos un trabajo... nadie lo hace”*. A lo que añade: *“O sea uno le toca como esconder el ser desplazado. [...] Porque es que de pronto piensan que uno les va a robar, quien sabe lo que les va a hacer. Entonces la gente es muy desconfiada. Con nosotros los desplazados las personas son muy desconfiadas.”* Sin embargo, “ocultar” el hecho de ser desplazado parece ser particularmente complicado. Si las recomendaciones finalmente obtenidas provienen esencialmente de la comunidad o del vecindario, aquí *“La gente mira. Aquí la gente es muy avispada. Entonces : “Y estos?” Que porque o de donde salieron? Entonces ellos es a endagar a endagar y: “Ah son desplazados!””*

Para Lucía, la puerta más difícil de cruzar es aquella del empleo doméstico: *“Puede que a uno le ofrezcan en otro lado de pronto a vender algo... pero en casa de familia... es muy difícil entrar”*. Este empleo, difícil de obtener, es el más buscado pues permite tener un salario fijo y cierta estabilidad laboral, valiosa sobre todo para mantener a los hijos y pagar un arriendo. Lo más importante es encontrar contactos que puedan constatar la fiabilidad de la persona: *“Eso es un problema... o sea a no ser que le recomiende alguien o... Que diga: “Bueno yo la recomiendo, porque está conmigo... ha trabajado...” Buen en fin... o sea aquí toca como un gancho para poder ingresar a trabajar así por días.”*

Pilar, quien llegó a finales de los años setenta, no necesitó este “gancho”. Las personas que conoció en el vecindario de su lugar de trabajo venían frecuentemente a preguntarle si ella podía trabajar para ellos. Lucía, por su parte, ha sido recomendada por una de sus primeras patronas que vivía en un sector acomodado de Bogotá. Sin embargo, mientras que su patrona intentaba presentarla a una de sus amigas, ésta se exaltó: *“ Ah no! Yo a personas desplazadas (...) yo no les doy empleo! Quién sabe por allá que habrán hecho... Quién sabe, por algo sería que les sacaron de allá! Yo si mi hijita, que pena, pero usted me la puede recomendar, puede trabajar con usted y todo pero no señora!”*

No obstante, las reacciones de solidaridad en el vecindario, las asociaciones de ayuda a desplazados, las iglesias, entre otros, han permitido sobrepasar esta primera estigmatización. Así, Lucía encontró un empleo donde su antigua empleadora gracias a una mujer que vivía en su mismo barrio. En esa ocasión, ella esperaba su turno para hacer sus compras en la panadería y hablaba con su hijo acerca de su delicada situación económica. De repente, la mujer que estaba detrás de ella la escuchó y le dijo que la podía ayudar: *“¿Usted tiene experiencia en casa de familia?”*, le preguntó. Efectivamente, Lucía había trabajado en Villavicencio como empleada *interna*, hace alrededor de diez años. Ella tenía

entonces veinte años, era soltera y sin hijos. Después de esto, partió con su esposo hacia el campo a las afueras de la ciudad para trabajar en una finca como administradora.

A su llegada a Bogotá, Lucía trabajó como recicladora durante tres meses para subsistir y mantener a sus hijos. Luego logró ser parte de un programa de ayuda a desplazados, y recibió así una formación de algunas semanas en un jardín botánico. Allí, Lucía conoció a una empleada del programa y esta persona la recomendó a una futura empleadora, quien aceptó que trabajara durante tres meses, antes de que viajara a los Estados Unidos. En su primera entrevista, esta empleadora le preguntó: “*¿Usted es desplazada?»*, le dije : “*Si*”. *Y pensaba: y ahorita me va a decir que no va a haber trabajo por eso. Entonces me dijo: “No a mí eso no me interesa (...) a veces las personas que uno más discrimina son lo que más le sirven a uno.”*

Los sociólogos y antropólogos, especialistas de las migraciones forzadas, han dado cuenta numerosas veces de un modo de solidaridad específico hacia el desplazamiento forzado. Si algunas personas estigmatizan esta población, otras, por el contrario, los consideran víctimas inocentes que necesitan la ayuda del otro. Martha Nubia Bello y Claudia Mosquera han puesto en evidencia cómo se crean redes de ayuda en los barrios, legitimadas sobre todo por la fe y el culto evangélico, cuya presencia es bastante elevada en las zonas populares (1999, p. 464). Por otro lado, el problema que concierne específicamente a patrones y empleados no ha sido tratado en profundidad. No obstante, en el caso del servicio doméstico, esta relación es de gran interés. Se sabe actualmente que el trabajo doméstico permite que personas de diferentes clases sociales entren en contacto (Chaney y Castro, 1993 [1989]). Más recientemente, los estudios sociológicos y antropológicos acerca del servicio domestico han despertado un interés hacia el encuentro entre patrones y empleados de diversos orígenes étnicos, a través de este tipo de empleo (Barrig, 2001). En la obra que consagra a los refugiados, Michel Agier (2002) analiza la ocupación de la sede de la Cruz Roja Internacional en un

sector acomodado de Bogotá, por parte de desplazados colombianos. Él explica cómo, durante casi dos meses, dos tipos de población se encontraron en el mismo lugar y se observaron mutuamente, justamente dos tipos de población cuyo encuentro no se produce jamás: los desplazados y los habitantes privilegiados de los barrios del norte - la *zona rosa*, lugar de la ocupación (2002, p.65-66). La ausencia de contacto entre estas poblaciones es el resultado de una relegación de las personas desplazadas hacia las zonas periféricas y más desfavorecidas de la capital colombiana. Asimismo existe un miedo al contacto y a “contaminarse” con estas personas, que han vivido de cerca las masacres, el pillaje, la traición, la complicidad forzada de una guerra cuya existencia se niega (Agier, 2002, p.59). Con todo, como lo muestra la historia de Lucía, no todas las personas tienden a evitar el contacto con la comunidad desplazada.

El testimonio de Marta nos permite ir aún más lejos en este análisis sobre las modalidades de ingreso de empleados domésticos desplazados en el hogar de familias empleadoras, y de la creación de vínculos. Marta es originaria del departamento del Caquetá, al sur del país. Su padre fue reclutado de manera forzada por un grupo armado hace alrededor de quince años. Desde entonces ella no tiene noticias de su padre. Su hermano se fue del pueblo para escapar también de los reclutamientos forzados. Su madre y sus dos hijos son la única familia con la que Marta cuenta. En su región natal, ella trabajaba en un almacén de confección y tenía una casa pequeña y bonita. Pero un día fue amenazada, sus hijos iban a ser secuestrados y reclutados en grupos armados ilegales. Antes de que esto sucediera, Marta decidió escapar y partió hacia Bogotá, donde personas que había conocido varios años atrás. Actualmente Marta habita en una pequeña habitación del sector de Ciudad Bolívar. Mientras que ella gozaba de un estatus social mejor en su ciudad natal, el gas y la electricidad no funcionaban cuando nosotros la visitamos. Un poco apenada, no nos puede ofrecer algo para beber. Nos cuenta: “*La mayoría de las cosas que hay aquí son regaladas, la única cosa que compramos fue el televisor*”. Los

regalos los ha recibido de los vecinos, de los amigos o de las fundaciones de ayuda a los desplazados. Las familias a donde va a hacer los oficios domésticos algunos días por semana le han dado igualmente algunos bienes, alimentos, vestidos. Una mujer en particular que vive *“bien en el norte, norte, norte... como en la 100 allá, en la 200 y algo”*, con la que fue recomendada por una vecina, la ha ayudado bastante: *“Al principio no le dije nada porque pues... Usted sabe que la mayoría de la gente piensa que el desplazado es un ladrón, el desplazado es un delincuente... pero yo después le comente que era desplazada porque ella me preguntó de donde era... Y pues ella me dijo que con las amigas de ella conseguía ropa.”*

Marta trabaja igualmente como empleada doméstica en casa de tres hermanas que conoció gracias a amigos de su región natal. Por supuesto, ellas saben que Marta es desplazada y quieren prestarle ayuda; ésta consiste generalmente en cuidarles a los hijos. Así, ellas llaman a Marta para que haga los oficios domésticos en cada una de sus casas. Mientras ella trabaja allí durante el día, sus hijos se van en el auto con las patronas y vuelven por la tarde, con globos y helados. En ocasiones, sus hijos se quedan a dormir en una de las casas y juegan con los hijos de las empleadoras: *“Y con la niña eso arman castillos... edifican con sabanas y cobijas y todo!”*. Y añade: *“Entonces es como si fueran o sea ellos nunca hacen la diferencia que uno ha vista en otra parte [...] es como si fuera de la familia”*.

En las experiencias migratorias de las mujeres que comenzaron a trabajar como empleadas domésticas en los años 1960-1970, encontramos regularmente este tratamiento privilegiado hacia los niños. Las prácticas de padrinazgo de los hijos de los empleados por parte de los empleadores son frecuentes. Además, los procesos de “pseudo-integración familiar” dentro de la relación empleador/empleado han sido objeto de una atención particular en la literatura sobre el empleo doméstico (Anderfuhren, 1999, 54). Es natural - pues estas prácticas son antiguas -, y sorprendente al mismo tiempo - a causa de los prejuicios sobre los desplazados - encontrar esta “integración familiar”

durante una jornada de esparcimiento. Más allá de la figura del desplazado-mendigo, entendida como peligrosa y/o víctima, las diferencias se difuminan. El desplazado obtiene el estatus tradicional de empleado doméstico en Colombia y es objeto del mismo trato “paternalista”, que algunos autores han identificado como perpetuadores de las distinciones de clases.

Referencias

Agier, Michel. *Aux bords du monde, les réfugiés*. Paris: Flammarion, 2002.

Agier, Michel y Odile Hoffmann. “Pérdida de lugar, despojo y urbanización. Un estudio sobre los desplazados en Colombia”, en: Cubides Fernando y Camilo Domínguez (ed.). *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999, 104-126.

Anderfuhren, Marie. *L'employée domestique à Recife (Brésil). Entre subordination et recherche d'autonomie*. Paris: Thèse de doctorat, Université de Paris I - Panthéon Sorbonne, Institut d'Etude du développement économique et social, 1999.

Barrig, Maruja. *El mundo al revés : imágenes de la mujer indígena*. Buenos Aires: Colección Becas de Investigación CLASCO-ASDI, 2001.

Cárdenas, Mauricio S. y Arturo R. Harker. *Determinantes del empleo y de los ingresos del servicio doméstico en Bogotá*. Bogotá: FEDESAROLLO, 2006.

Chaney, Elsa M. y Mary García Castro. *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y...más nada. Trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe*. Apartado: Editorial Nueva Sociedad, 1993 (1989).

Fundación de atención al migrante - FAMIG, Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento – CODHES. *Gota a Gota. Desplazamiento forzado en Bogotá y Soacha*. Bogotá: Fundación de atención al migrante - FAMIG, Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento – CODHES, Organización internacional para las migraciones – OIM, 2007.

Hoyos, Hernán. *Aventuras de una sirvienta*. Cali: Librería Proveta, 1999 (1973).

Langton, Karen. *Doméstico sinónimo de mujer : De donde y por qué salen las niñas que trabajan en el servicio doméstico ? El caso de San Pedro de Iguaque*. Bogotá: Tesis de grado, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, 2002.

León, Magdalena. “Colombia : trabajo doméstico y servicio doméstico”, en: Schuler, Margaret (ed.). *Poder y derecho. Estrategias de las mujeres del tercer mundo*. Washington: OEF International, 2002, 333-346.

Meertens, Donny; Viveros, Mara y Luz Gabriela Arango. “Discriminación étnico-racial, desplazamiento y género en los procesos identitarios de la población "negra" en sectores populares de Bogotá”, en: Zabala Argüelles, María del Carmen (ed.). *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso, 2008, 181-214.

Meertens, Donny. “Populations déplacées en Colombie et insertion urbaine”, en: *Annales de la recherche urbaine*, 91, diciembre, 2001, 118-127.

Meertens, Donny. *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.

Meertens, Donny. “Desplazamiento forzado y género: trayectorias y estrategias de reconstrucción vital”, en: Cubides, Fernando y Camilo Domínguez (ed.). *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999, 406-455.

Nubía Bello, Martha y Claudia Mosquera. “Desplazados, migrantes y excluidos : actores de las dinámicas urbanas”, en: Cubides, Fernando y Camilo Domínguez (ed.). *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999, 456-474.

Ojeda Parra, Teresa. *Prisiones domésticas, ciudadanías restringidas. Violencia sexual a trabajadoras del hogar en Lima*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia (UPCH), 2005.

Osorio Lizarazo, José Antonio. *El día del odio*. Bogotá: Editora Aguilar Altea Taurus Alfaguara S. A., 2008 (1952).

Osorio Pérez, Flor Edilma. “Migraciones internas y recomposición territorial”, en: *Ambiente y Desarrollo*, 12, 2003a, 29-51.

Osorio Pérez, Flor Edilma. “Todo en común... menos el dolor, la miseria y los estigmas”, en: *Revista Javeriana*, octubre, 2003b, 54-61.

Osorio Pérez, Flor Edilma. *Los desplazados. Entre survie et résistance, territorialités et identités en suspens*. Toulouse: Thèse de Doctorat, Université de Toulouse Le Mirail, GRAL, 2002.

Posso, Jeanny. “Mecanismos de discriminación étnico-racial, clase social y género: la inserción laboral de mujeres negras en el servicio doméstico de Cali”, en Zabala Argüelles, María del Carmen (ed.). *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso, 2008, 215-240.

Quintero de Molano, Bertha. “Condiciones de vida y de trabajo de las empleadas domésticas en Bogotá”, en: García Castro, Mary; Quintero de Molano, Bertha y Gladys Jimeno (de.). *Empleo doméstico, sector informal, migración y movilidad ocupacional en áreas urbanas en Colombia*. Bogotá: Proyecto PNUD-OIT COL/72/027 Migraciones Laborales, 1981, 2-84.

Resúmenes

Este artículo explora las distintas modalidades de la transformación del empleo doméstico en Bogotá. Compara las migraciones de mujeres jóvenes y niñas llegadas a la capital colombiana para trabajar como empleadas internas durante los años 1960-1970 con la integración al servicio doméstico de personas desplazadas por las violencias. Intenta comprender la evolución de las condiciones de acceso a las familias empleadoras.

PALABRAS CLAVES: Servicio doméstico, empleo doméstico, desplazamiento forzado, inserción laboral, mujeres.

Una versión completa de este artículo fue publicada en francés, en la revista *Travail, Genre et Sociétés* n° 22, noviembre 2009.

ii El número exacto de personas desplazadas en las migraciones internas recientes es difícil de establecer a causa de la naturaleza de las fuentes disponibles. En efecto, el último estudio de datos estadísticos sobre el trabajo doméstico en Bogotá no tiene en cuenta el desplazamiento forzado para aclarar y clasificar sus resultados (Cárdenas y Harker, 2006). Además, el reporte más reciente de la Fundación de Atención al Migrante (FAMIG) y de la ONG de Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento CODHES, que propone estimaciones relativamente fiables de las migraciones forzadas en el país, interroga únicamente a los jefes de familia respecto a sus actividades profesionales (FAMIG-CODHES, 2007). La ocupación de las mujeres que viven con sus maridos o en concubinato no aparece en esas encuestas. En fin, es probable que la categoría de “empleada doméstica” de las encuestas de la FAMIG y de CODHES no incluya todas las pequeñas actividades económicas vinculadas al trabajo doméstico, como aquellas de lavandería, cuidado de niños o aún las tareas domésticas por día, y que una definición más amplia del servicio doméstico podría englobar. Para encontrarlos, es necesario tener en cuenta la denominación de “*oficios varios*”; bajo esta etiqueta poco precisa pueden designarse ese tipo de actividades, no sin un poco de vaguedad en la interpretación de las personas entrevistadas, lo que prohíbe toda generalización respecto a este tema. Sin embargo, los análisis cualitativos convergen en señalar el empleo doméstico para las mujeres desplazadas como una estrategia de sobrevivencia, una vez llegan a la ciudad (Meertens, 2001; Osorio Pérez, 2002).

iii No obstante, Donny Meertens, Mara Viveros y Luz Gabriela Arango presentan algunos ejemplos contemporáneos de jóvenes que migran a Bogotá en busca de empleo doméstico por razones económicas (2008). El esquema de la migración « tradicional » por motivos meramente económicos o educativos está lejos de haber desaparecido.

iv Evocaremos solo en esta parte el caso de las niñas y jóvenes. Las mujeres mayores podían igualmente acceder al empleo doméstico en esa época en Colombia, a una edad más avanzada.

v La investigación se apoya en un trabajo de campo de once meses realizado en Bogotá, entre Julio de 2006 y Diciembre de 2008, en el marco de mi doctorado en Antropología sobre “Parentesco y empleadas domésticas en la capital colombiana”. Los diversos viajes para el estudio del campo (tres en total) fueron financiados por el programa de cooperación internacional ECOS-Nord titulado: “Historias de vida, historias de mujeres. La identidad de la mujer colombiana de los años 1980 hasta nuestros días” y por una ayuda otorgada por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Alrededor de treinta y cinco entrevistas fueron realizadas con empleadas domésticas. Además de esto, tuvimos la oportunidad de encontrar diez mujeres desplazadas, con las que realizamos cuatro entrevistas largas (entre dos y tres horas); ellas habían trabajado como empleadas domésticas.

vi Varios autores han observado que las personas desplazadas, a su llegada a la ciudad, contaban a menudo con contactos de familiares o amigos que les permitían encontrar un alojamiento (Nubia Bello y Mosquera, 1999; Meertens, 1999).

vii Jeanny Posso en su investigación sobre servicio doméstico en la ciudad de Cali muestra el recurso cada vez más frecuente a las agencias de empleo de parte de las empleadas de servicio doméstico (2008). En este artículo, nos enfocaremos solamente en la « recomendación » ya que es la forma de conseguir trabajo más común dentro de nuestras investigadas. Puede no obstante que la situación este evolucionando en la capital.

viii En efecto, las personas desplazadas son en ocasiones acusadas de mentir sobre su estatus para poder beneficiarse de las ayudas públicas existentes destinadas a esta población (esas ayudas públicas no duran sin embargo más de algunos meses).

ix Mauricio Cárdenas y Arturo Harker indican, en un reciente estudio sobre el empleo doméstico en Bogotá, que un tercio de las empleadas de la capital trabajan aun hoy como *internas* (2006, p.7). Se trata así de una modalidad de inserción en el empleo doméstico nada insignificante, sobre todo para las mujeres que llegan recientemente a la ciudad.